

Buenas noches a todos.

Soy la hermana mayor de Laura, y aunque hoy llevo tacones, sigo viendo a mi hermana como la cómplice con la que de niñas inventábamos contraseñas imposibles y construíamos castillos con cajas de cartón. Ella medía las paredes con una regla de plástico y yo pintaba banderas torcidas. Ya entonces estaba claro: Laura organizaba, y hacía que todo tuviera un toque creativo que lo volvía nuestro.

Siete años atrás, en la Sierra de Guadarrama, Laura apareció con el mapa plastificado y la ruta subrayada en tres colores. Y ahí estaba Sergio, con la mochila medio desordenada, riéndose de sí mismo y haciendo un comentario sobre si las cabras montesas aceptaban selfies. Fue de esos encuentros en los que no pasa nada espectacular... y, sin embargo, cambia todo. Él ofreció una barrita cuando la pendiente se puso seria; ella compartió el último trago de agua como si fuera un pacto. Y desde allí, ya sabíamos que algo estaba arrancando.

Si cierro los ojos, veo muchas escenas pequeñas que, juntas, dicen más que cualquier declaración solemne. Laura repasando listas con su letra diminuta, pegando notas de colores en la nevera, y Sergio, paciente, fijándose en los detalles que otros no ven: la taza favorita lista a las siete, el cable que siempre se pierde, el chiste oportuno cuando el día amanece torcido. Él tiene ese sentido del humor que no hace ruido, pero te acomoda los hombros. Y ella, esa manera de poner orden sin apagar la chispa.

Y quiero contar una anécdota que, para mí, resume quiénes sois como equipo: vuestro primer viaje juntos, esa famosa tienda de campaña. Llovía como si al cielo se le hubiera caído un cubo. A mitad de la noche, una varilla dijo “hasta aquí”. El viento entró, el suelo se convirtió en charco, y cualquier pareja habría

discutido por lo evidente. Pero no, Laura sujetó la lona con una cuerda como si estuviera bordando, Sergio improvisó un armazón con palos y cinta americana, y entre risas —esas risas bajas de “si no nos reímos, naufragamos”— amanecisteis con los sacos húmedos, pero con café caliente y un plan B. Esa tienda rota fue vuestra primera casa: frágil, sí, pero sostenida por dos que miran en la misma dirección.

También he visto a Sergio esperar a Laura fuera de un curso con una playlist preparada —“para celebrar el capítulo nuevo”— y a Laura diseñar una libreta sólo para las ideas de Sergio, con pestañas y todo, porque “lo bueno hay que cuidarlo”. Son detalles. Detalles que al final son la vida.

Quiero dar las gracias a nuestras familias. A la familia Fernández, por criar a una mujer que ordena el mundo sin volverlo rígido. Y a la familia Martínez, por recibir a Laura con tanta naturalidad, por sumar su risa a la vuestra y por enseñarnos que las sobremesas pueden durar lo justo para que alguien cuente un buen chiste y otro prepare el café sin pedirlo.

A vosotros dos, sólo deciros esto: que el amor no sea un escenario, sino el taller donde se arreglan varillas, se cosen lonas y se celebran, con humor, los chaparrones. Que vuestra casa tenga mapas doblados, listas que se tachan y huecos para la improvisación. Que la paciencia de Sergio siga dándole suelo a la creatividad de Laura, y que la organización de Laura siga dándole alas al sentido del humor de Sergio.

Y ahora sí, porque es un banquete y aquí no hay que explicar lo obvio: levantemos nuestras copas por Laura y Sergio, por su tienda de campaña rota convertida en lección, y por esta nueva aventura que hoy empieza con buen camino y mejores compañeros.

Por los novios. Salud.

Este discurso fue creado con discursoboda.es. Responde algunas preguntas y

genera tu propio discurso personalizado ahora en discursoboda.es

Creá tu propio discurso personalizado en discursoboda.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursoboda.es